

Delirium

Mario Alberto Caro Meléndez / Facultad de Derecho

Ve hacia abajo, hijo, mira si el agua corre aún en la corriente. Ve despacio, mirando a tu alrededor. Mira a los pájaros en su cara y sonríeles con ternura. Observa los tallos y las flores de las plantas, aspira ese grato aroma que emana de la vida-tierra. Cierra los ojos por un momento y gírate alrededor. El vértigo consumativo en llamas te arrasará. Ábrelos.

El cielo azul estará en tus manos y por tus dedos se escurrirá Dios. Ríe, con el sonido diáfano que traspasa la ladera. Luego corre, mientras por tus pies se cruza el tiempo. Las montañas, las praderas, los ríos y los mares pasarán junto a ti hasta llegar a las estrellas. En su pálida blancura te deslizarás, sus destellos luminosos te cegarán, y en esa luz radiante y pura te desvanecerás, durmiendo en su dulce regazo.

Los sonidos no habrán perturbado la santa paz que a tu alma invade, y lejos estará de tu idea la progresión infinita de los números. El verde pasto lo pisas. El mundo todo repara en ti. Lloras, y las perlas líquidas fecundan la tierra. El aire, su tierno ulular te pega en el rostro, y tú sientes la magnitud de tu ser, la grandiosidad de tu locura, lo maravilloso de tus sentidos, y tus pulmones se ensanchan de vida y tu mirada se pierde en la trascendencia última, en el recóndito oculto, en la callada y misteriosa esencia, y tú estás embriagado de vida, y te entregas a esa ebriedad con el total y absoluto no ser.

—¿Sabes lo que se oculta tras el sol?

—Lo ignoro. ¿Es acaso alguno de los sentimientos que yo conozco? ¿Es acaso algo de la objetividad? No me importa.

—Se oculta... "ello".

—Sí. Y su faz es negra y blanca; su color amarillo y sus destellos verdes. Estoy drogado de conocimientos.

—Me enamoro de mí. ¡Tengo tanta necesidad de mi ser!

—¡Canta, canta! Mi alegre tristeza es la finitud de este mundo.

—¡Claro! El mundo depende de nuestras manos.

—Tengo que hablarles. Hay que comunicarse con ellos, han terminado su diversión y no es posible evadirlos. El contacto es inevitable, todo es inevitable. Comprometen el futuro, sometiendo a sus pies. Saben que ellos son lo que quieren ser, y no se arrepienten de serlo. ¿O lo harán? Cuando me hablan los escucho, cuando les hablo me escuchan.

—No hables. No quiero que me dirijas palabras ahora.

—El cambio es fundamental.

—No olvides nunca nada. Olvida siempre todo. Es la regla.

—Sujétate y el sometimiento te ayudará.

—Les compites. Nunca te lo perdonarán.

—Pregunta y la respuesta te será obtenida. No importa sea falsa o verdadera, conformista o trascendente.

—Nunca se me sube el mundo a la cabeza. La realidad siempre está bajo mí. Siempre consciente de ella.

—La risa, atributo del ser humano.

—¿Hoy no maldices?

—Déjalos subir. No saben lo que les espera arriba.

—Apresuras demasiado las palabras. Tal vez ellos no lo sepan, pero yo sé la causa. Yo sé algo que ellos no saben.

—La voluntad disvariante. ¿Qué haremos?

—Brinquemos el mundo y pasémonos a la región de los pensamientos puros, a las estrellas óseas de allende el mar, al repique de las campanas y al ayer inasible de los mirares impensados.

—Tú siempre con tus fugas.

—La realidad no me apresa.

—Tienes que buscarla.

—Lo hago, y me evade.

—¡Son tantas las cosas que hay que aprender! Pero tan simples.

—Expláyate. Los pesos te soportan en tu y en su integridad.

Oculto lo que tienes. Si lo deseas, grítalo.

—Eres un fraude. Engáñalos y la pasarás mejor.

—Claro, pero los necesito.

—Salid, salid de mi territorio.

—¡Ja!, pone límites a su ser.

—Dilo, dilo. Ellos lo escucharán, pero lo olvidarán. La inmortalidad te es negada. La historia es un espejismo.

—Y qué más puedo pedir ¿que me escuchen? A veces, ni eso hacen.

—Se te nota el trastorno. No puedes ocultar que no eres tú.

—¡Estoy tan cansado de usar el rostro de todos los días!

—Acostarse y levantarse. Levantarse y acostarse. La obligada distinción entre uno y otro.

—Me canso. El dolor existe. Lo puedo ignorar, pero él no a mí.

—Siempre ella. Siempre la encuentro viniendo hacia mí. ¿Estamos predestinados?

—Se pertenecen. Dios los ha querido unir. Desde lo alto nuestras vidas están manejadas.

—Ven, ven. Siempre el ser llamando al ser, siempre el ser llamando al mañana.

—Y ahí está, sentado. Mira a su alrededor y de vez en cuando pregunta e insulta. Ese es su mundo exterior. Llegan de afuera, se introducen al interior y ellos viven. Se satisfacen y regodean de vida.

—Sus manos estrellan las cosas; después de todo, las cosas han sido creadas por él, y puede hacer con ellas lo que quiera.



BEJITO

Pero a él: ¿quién lo creó? Si se creó a sí mismo ¿puede hacer consigo mismo lo que quiera?

—Los extraños vienen y se van. Hacen y son lo mismo que nosotros, pero son extraños. No podemos —ni debemos— conocerlos. Si hubiera una plena identidad... ¡qué sería de nosotros! No podríamos reír.

—La única distinción real es el yo frente al ellos.

—Establecida por...

—Yo.

—No me molestes ahora. Una y mil veces te lo tengo que repetir.

—¿No me permites penetrar en tu realidad interior?

—¿Y le llamas realidad? Mía es, pero no sé si real o pensada.

—Si no me permites captarla, no sabré si pertenece sólo a tu mente. Si puedes compartirla con otros, tu realidad será real.

—Adéntrate pues, en mi ser. Sé tú yo. Y después me dices cómo soy yo.

—¿Tanto te importa? Piensa un momento en los demás.

—¿Lo ves?, es lo mismo. Tú eres yo. Ellos son yo. Yo soy ellos.

—Pues sí, pero...

—Piensa, piensa. La mente es capaz de todo, hasta de negarse a sí misma.

—¡Ay de mí! No puedo seguir el hilo de mis pensamientos, de mi vida, de la existencia...

—¿Lo ves? y tú eres ellos.

—No emplear sofismas. Prohibido.

—No acceso a los atrevimientos del pensamiento. Locura no, normalidad sí.

—Es lo obvio.

—Amémonos, te digo. Desintegrémonos en nuestro ser.

—Amor. Quiero expresarte lo que siento por ti. ¡Si tú supieras! Mil suspiros se expanden por la faz de la tierra, partiendo de mi pecho. ¡Cómo brilla mi corazón cuando tú estás frente a mí! Tus dulces ojos, tu bella sonrisa, tu ser que exhala vida, tu ser que transforma las cosas, lo triste en alegre, lo feo en bello, la noche en día, lo oscuro en claro. ¡Cómo brilla el sol cuando tú estás frente a mí! Cien, mil millones de soles me deslumbran, la música rompe mis oídos, la luz desgarrar mis ojos, mi razón se trastorna y mi corazón se entrega en un solo palpitar. Si tú supieras las palabras tan dulces que podría expresar a tus delicados oídos, las notas tan melodiosas que mi amor produciría para ti, los colores tan armoniosos, la vida, el mundo, Dios, la sonrisa que todo... el momento que estás, la nunca que se va, que no llega, la eternidad de tu presencia, la sonrisa que produces en mis labios, la felicidad que me proporcionas, el llanto, la emoción... las palabras no pueden expresar mis pensamientos...

—Amor!, dulce imbecilidad del ser humano.

—¡Quimera! ¡engaño! ¡fraude! Mentira con que se pretende encubrir la terrible, oscura y hosca verdad.

—¡Tiemblan tan sólo de pensar en ella!

—Y tratan de hacer un simple remedo.

—De tus entrañas reanimaré el fuego y la pasión nos extinguirá.

- ¿Pretendes engañarte como ellos?
- No. Nosotros somos únicos. Somos los perfectos. Los poseedores de la verdad universal objetiva paranoica.
- ¿Y por qué no la siguen?
- Y luego ¿para qué quieres vida si vas a morir?
- Que me reanimes!, ¿no comprendes que te estoy pidiendo ayuda? Halágotte y no entiendes.
- La luna es bella esta noche. Los perros ladran a mi alrededor y la tierra gira perfectamente en su órbita. Todo está calculado con precisión y hasta la duda tiene un lugar en el universo, como el agua que corre en la rendija de la banqueta.
- Ayer pensaba en ti.
- Hoy me has desechado.
- El llanto. Respuesta a los misterios que nos rodean, respuesta al misterio que tiene forma de ser humano.
- Suicidémonos. Quitémonos la vida. Arrojámosla al fondo del abismo, a ver qué hace ella sin nosotros —y nosotros sin ella.
- ¿Y si puede vivir independientemente de nosotros?
- Entonces ¿para qué nos utiliza?
- ¿Nos instrumentaliza?
- ¿Eres solo? La independencia, privilegio de los dioses.
- ¿Qué puedo hacer? Diferenciar y distinguir. Decir sí y no.
- No me lo preguntes a mí. Pregúntaselo a ti que estás en el fondo de la estrella, en la ceniza del viento, en el respirar de la piedra; tu yo está allí. Reconócelo y mávalo. Pero que antes te dé la respuesta. Úsalo, úsalo.
- Lloro. Luego río. Después pienso. Posteriormente miro. Y finalmente corro.
- ¿Y cuándo existes?
- ¿Cuándo?
- Y cansados de mirar se arrancaron los ojos.
- Y hastiados de vivir vomitaron la vida.
- Y ésta fue a parar a la cloaca del mundo.
- Y después la volvieron a recoger.
- Y luego lo escribieron.
- ¿Y luego?
- El vértigo se llega ante mí y me toma en sus manos. Lo acaricio, lo beso. Nos despedimos, promete volver.
- ¿Hoy no vienes tú?
- La línea recta y el punto. Entrar y salir, entrar y salir, entrar y salir. A eso se reduce todo. ¡Si nos convenciéramos a golpe de martillo!
- La realidad y la distancia. El ser y el no estar. Líneas paralelas que giran en sentido contrario.
- Tu vida se encierra en un centímetro cuadrado circular.
- ¿A dónde vamos?
- Al paraíso donde se encuentra el cadáver de nuestro ser.
- Miseria. Nunca durmamos. Que jamás se extinga la noche de nuestros días. Los aullidos del lobo jamás llegarán hasta nosotros. Estamos dentro —muy adentro—, en el recóndito de nuestro ser. Mañana la alegría será efímera, todo pasará a la velocidad del tiempo. Permanezcamos hoy. Nunca se acaba, nunca. Siempre los ojos abiertos, siempre despiertos, siempre con el zumbido en nuestras cabezas, con la embriaguez en la vida, con el ruido y el amor —soledad— a nuestro lado, con el hacer en nuestras manos, la creación en el poder y el mundo en la explosión. Nunca durmamos.

—El tiempo llegó hasta sí mismo y no supo qué hacer. Entonces se devolvió.

—¿Dónde te escondes?, te toco y no estás aquí. ¡Tu mirada está tan lejana!

—¿Cuándo acabaremos?

—Cuando los pensamientos substituyan a las palabras.

—Los sonidos son las limitaciones del ser.

—¡Si pudiéramos escaparnos del sonido! Entonces seríamos el sol, las estrellas, Dios y la sonrisa, Dios y la muerte, Dios y nada.

—¡Nada! Palabra que corre en el pensamiento cuando nos estrellamos contra la nada.

—La catarata incontenible del pensamiento, y su aturdimiento cuando se estrella contra las rocas.

—Calla. Voy a dormir. No te pido nada, te pido el mundo. Me sumergiré en ese universo de las formas plásticas de las irreales realidades fantásticas veraces que me conducen al lugar suspendido sobre el punto de la caytasólica vibración en la ventana del marco del vaso en cuyo interior rondan sigilosas las orejas y los oídos de los seres incumplidos expulsados insatisfechos de los coros que se encaminan por los conductos de los apocamientos silenciosos y gráciles que retornan por la senda del ruido y los saltos, los pináculos de las estrellas y los choques de las grietas quintas. Calla. Voy a dormir.

—En la línea que separa a los dos —mil mundos—, hay un círculo; ¿lo has visto?

—Ahí estaban las voces. Se encaminaban de un lado para otro, hablaban, gesticulaban. ¡Realmente parecían seres!

—Conclusiones, di conclusiones.

—...



BEJITO

—El niño que juega con el rayo, el trueno y el relámpago.

—El adulto que reposa en su tumba.

—Camina sobre mi pensamiento. Escala esa muralla y camina, camina, camina tanto que te pierdas en la lejanía del punto, en la inmensidad del espacio.

—Acércate, así, hasta frente a mí. Entrelaza tus manos con las mías y que tu mirada encuentre mi mirar. Traspasa mi ser con tus ojos y penetra en la luminosa senda del calor. Aprieta mis manos y une tu suspirar al mío. El sol está sobre nuestras cabezas. El sol está en nuestras cabezas. Tus padres están muertos. Todo reposa en ti. Y finalmente sonrío.

—Abrázame. El desvanecimiento, el éxtasis, el encuentro, el olvido. La resurrección del mañana que todavía no muere.

—La santa paz del bullicio, el silencio eterno de la alegría. El asentimiento de la flor y el cerrar de los labios. Que ya no escapen más sonidos. Tu mirar lo dice todo, todo está encerrado en mi mirar.

—...

—...

Arriba.

Abajo.

La tierra se aleja. El perro existe. Se ríe.

Canta. Ven. La honda significación.

Grecia.

Atardecer fresco y caluroso. Sol muerto en las alturas, manchado en la sangre de su dolor.

Parque le quito losio. Barel. Rontalmen. Rontalmen. Rontalmen. Rontalmen, o Rontalmen, rontalmen, rontalmen, rontalmen, ront...

Siete segundos



Y tan sólo yo puedo sentirte. Sólo yo estoy viviendo tu presencia. Mis manos ¿dónde están mis manos? Tanto tiempo perdido. Tanto tiempo escondiéndome de todo. Las estrellas sobre mí, en el cielo, en el infinito, en donde yo ya no soy, en donde abro las puertas de mi vida para inundarme, sumergirme y no salvarme de la nada; de esta tarde que se encierra para hacerme sentir el peso de mi liberación. El estruendo, la tormenta, todo pasa, y mi lluvia ha dejado de ser suave para aniquilar la vida, aprovechar la muerte y existir sin que me agobie ese sinfín de objetos que me sujetan y me atan a la tierra. Poder amar la vida. Caminar por esta tierra y volverla a destruir al yo cerrar los ojos...



SIETE MINUTOS

Y todo hace que te recuerde. Y me encuentro con un mundo al que quiero destruir para poder al fin tener un nombre. ¿Un nombre? No. Tal vez eso no sea suficiente. Lo que quiero es tener un nombre que no sea nombre, que sea yo y que pueda gritar abiertamente: sacar desde esta herida todo mi dolor, si es que lo hay. Toda mi ternura, para que se acabe. Que me agote y que me busque, en esta búsqueda infinita hacia lo eterno, hacia donde seré por fin yo, hacia donde encontraré mi cadáver para besarlo, para amarlo, para sentir la felicidad que me da el estar muerta y poder oír el ruido del mar y sentir la arena que me está cubriendo. El placer que me da estar sola, pensando en ti, teniéndote, y queriendo hacerme tuya, porque, tal vez, tú, ahora, no sepas que soy yo quien te llama y te obliga a no olvidarte de mí. Yo, una cosa más entre tus cosas, pero la única que deja de ser cosa, para ser únicamente tuya, entre tus cosas. Y sé que me quieres. Y sé que me estás besando, porque te lo dicen en tu ser tus manos, o tu boca, porque si tengo ahora ganas de llorar, tú lloras. Algún día nos volveremos a encontrar. Tal vez. Si tú quisieras, si yo pudiera. Me encontrarías invisible y me reconocerías. Me haría yo intangible para que pudieras tocarme y sentirme una flor. Yo sabré cuando llegue el momento. Yo sabré, y me vendrás a buscar. Sigo descubriendo ese mundo que amamos y a donde siempre hemos querido llegar. Ya no tengo miedo de perderte. Cuando yo llegue sin ti, será para encontrarte, y si tú llegas, ahí me encontrarás. Aquí sólo luchamos, aquí todo nos prueba. Allá por fin seremos. Permaneceremos unidos aquí como recuerdos, como las sombras que no fuimos al pasar. Allá, te diré "te quiero" y escucharás tu voz que me verá bailar. Y querrás que no digamos nada, porque no sabemos lo que es hablar. No te he dicho nada, no he hablado siquiera, pero bailaremos. Bailaremos en esa música que se ama, que se besa, que nos llama...